



IPAZUD
 Instituto para la Pedagogía,
 la Paz y el Conflicto Urbano.
 Universidad Distrital
 Francisco José de Caldas

¿Memorias de historia patria o reflexiones sobre la inexistencia de un pueblo?

Milton Daniel Montejo Martínez¹

mmontejo01@unisalle.edu.co
 Universidad de La Salle
 Bogotá – Colombia

Fecha de recepción: 30/04/2014
 Fecha de aprobación: 30/05/2014

Para citar este artículo: Montejo, M. (2014).
 ¿Memorias de historia patria o reflexiones sobre
 la inexistencia de un pueblo? [Reseña del libro *Pa que se
 acabe la vaina*, de William Ospina].
Ciudad Paz-Ando, 7(1), 242-245
 Ospina, W. (2013). *Pa que se acabe la vaina*.
 Colombia: Planeta, 237 pp.

DOI: <http://dx.doi.org/10.14483/udistrital.jour.cpaz.2014.1.a15>



William Ospina realiza en este ensayo un ejercicio minucioso de cómo ha sido nuestra relación entre las grandes aristocracias reinantes desde la colonia y su enorme esfuerzo de borrar toda huella de nuestro pasado indígena, subyugando a nuestras gentes y dejándolas por fuera de todos aquellos juegos de poder.

El autor asume un rol de historiador divagante en el cual trata de develar cómo el conflicto en un país considerablemente más grande que Francia, y con una población equivalente a la Argentina, ha pasado desapercibidamente por los ojos del mundo. Es allí donde el escritor asume una clara posición desde la cual desarrolla su ensayo, afir-

mando fervientemente que el yugo que se ha cernido sobre nuestra nación tiene nombre y características propias: el continuo desprecio de sus clases dirigentes por el pueblo, el menosprecio hacia nuestra historia, y la vaga relación que hemos tenido con nuestro entorno y geografía para la construcción conjunta del proyecto postergado de una nación que acepte la grandiosa diversidad en la cual estamos inmersos.

A través de su ensayo, Ospina, a medida que encuentra hechos dignos de ser mencionados, da pequeños saltos en el esfuerzo de sustentar su tesis central, creando así, la conexión entre acontecimientos separados por grandes lapsos de tiempo; una coherencia necesaria para entender cómo ha sido la construcción de nuestro presente.

¹ Estudiante del Programa de Negocios y Relaciones Internacionales de la Universidad de la Salle.

En una primera parte, el autor empieza a rastrear en nuestros orígenes coloniales, y más tarde en la construcción de la república, las diferentes dinámicas de cimentación y exclusión que se dieron en estos periodos. Y es que a través de un territorio donde ha imperado la diversidad y la multiculturalidad, Ospina resalta que el elemento unificador del nuevo proyecto - que iba a la par con la formación de las repúblicas europeas - ha sido el lenguaje, y es gracias a este factor, junto con su articulación desde los púlpitos de una iglesia recalcitrante, donde se logró el punto de dominación ciega que hubo sobre las generaciones siguientes.

Un punto importante a resaltar es el establecimiento y el análisis de la relación que ha existido entre Colombia y los Estados Unidos, donde este último ha jugado un papel importante en la deconstrucción del país. Las supremacías gobernantes concentradas en la política *Respice Polum*, fielmente seguidoras del hermano mayor de América Latina, sesgadas con su obstinado esnobismo hacia las grandes metrópolis europeas, dejaron relegado a su pueblo y copiaron mediocremente lo que para los norteamericanos significaba la modernidad.

También exalta varias figuras de poetas, escritores y rebeldes que han sido menospreciadas y silenciadas por aquellos que han ostentado el poder, dado que estos personajes resaltaban temas como la igualdad necesaria entre las diferentes razas, así como la relación con nuestra geografía: Agustín Agualongo, Manuel Piar, Porfirio Barba Jacob, Juan de Castellanos y León de Greiff, por mencionar algunas. Vale la pena resaltar que los extranjeros se han mostrado más interesados en nuestra historia, nuestra geografía y nuestra idiosincrasia que nuestra sociedad misma, eternamente avergonzada de sus raíces de-

bido al discurso colonial implantado en las mentes de todos aquellos que alguna vez estuvieron sometidos a la corona española.

Ahora bien, el objetivo del autor es hacer caer en cuenta a las nuevas generaciones del poder que tienen entre sus manos de cambiar la triste historia que nos ha venido gobernando despóticamente durante más de cinco siglos. Ospina, hacia el final de su texto, deja un planteamiento en el aire: "... Y entonces veremos si ellos (las aristocracias) están solos, decidiendo como en los últimos doscientos años la suerte del país, o si hay alguien más que sea capaz de abrir, cuando la historia llame a la puerta." (p.237). Aquí se trata de resaltar cómo cada uno, desde la subjetividad de su mundo, es capaz de aportar a la nueva construcción de este país. Asimismo, el autor invita a que todos, unidos como un mismo pueblo, estemos enteramente comprometidos con la resolución de esos problemas añejos que han agobiado nuestra patria.

Si bien el autor no tiene ninguna intención de teorizar sobre el fenómeno social de la exclusión y negación de las masas, a través del texto genera algunas reflexiones conducentes a ello. Así, al tratar el tema de grupos armados al margen de la ley, explica cómo se ha creado una tendencia a externalizar las responsabilidades y los orígenes de las situaciones propicias para el establecimiento y perpetuación de estos grupos. Para el caso particular de la guerrilla de las FARC, su modelo ideológico se puede atribuir a la influencia que generó en el siglo XX la Revolución Rusa y; sin embargo, aun cuando en 1989 se desploma la URSS con la caída del Muro de Berlín, el grupo guerrillero mantiene su vigencia política y social; tanto así que en estos momentos se encuentra en curso un intento de negociación con esta agrupación.



Como figura central en el relato se destaca a Jorge Eliécer Gaitán, toda vez que este personaje icónico de nuestra historia constituye el punto de quiebre que logra articular un conjunto de procesos importantes durante y después de su muerte. Esta vaga exaltación se ve expuesta cuando Ospina menciona a Alfonso Barberena y su compañera Balvameda Álvarez y su lucha “admirable” en Cali para que los ejidos municipales fueran una solución de vivienda para miles de despojados; ambos personajes se veían influenciados y representaban “ese viejo espíritu Gaitanista que se resistía a morir”.

Toda esta exacerbación hacia el pensamiento liberal, que es en últimas lo que representa la figura de Gaitán, conduce hacia una gran reflexión sobre la reacción antipopular de la élite colombiana, que no odiaba al comunismo sino, por el contrario, “odia y teme al discurso de los derechos humanos, de las reivindicaciones ciudadanas, los movimientos sindicales, todos esos instrumentos de la democracia liberal” (p.168), tesis central ésta que Ospina desarrolla en su ensayo y que le permite mantener un tinte crítico hacia los círculos de poder dominantes.

Se podría decir que una de las tantas figuras que con mayor acervo critica Ospina en su ensayo es Laureano Gómez, un líder del partido conservador con espíritu inflexible, encargado de la fanatización del pueblo, y de oscurecer cualquier luz que quisiese sobresalir para poner fin a la gran ola de violencia en la que la gente (ciegamente peones de las grandes oligarquías), se inmiscuían persuadidas por una oratoria fantasiosa e inflexible, aliada de las homilias propiciadas desde los púlpitos de las iglesias católicas con el objetivo de satanizar cualquier idea liberadora del pensamiento de aquellos que seguían viviendo subyugados por una era de oscurantismo intelectual.

Como punto que merece ser destacado en este escrito, es el trabajo meticuloso que hay detrás de toda la explicación detallada que se hace de algunos eventos y personajes desde 1970 y hasta nuestros días; entre ellos, la crítica contra el Frente Nacional de Alfonso López Michelsen en su periódico “La Calle”, el cierre de las puertas de la industria a las clases medias y bajas y que trajo consigo la consolidación del fenómeno del narcotráfico así como el gobierno de Belisario Betancur, un conservador de origen humilde que fue más liberal que cualquier otro, y que intentó reformar una sociedad colombiana sumida en la corrupción, en la ilegalidad y en la represión.

Sin embargo, Ospina no llega a validar el título que le da a su ensayo, “Pa que se acabe la vaina”, dado que su contenido puede ser comparado casi con el “Memorial de Agravios” de Camilo Torres. Denuncia una y otra vez la omisión del pueblo en la construcción del proyecto de Nación, la violencia contra las gentes, y la erradicación de los movimientos intelectuales, artísticos y liberales en la historia. Si bien es cierto que ofrece considerables reflexiones sobre la vida y la política, el texto tendría lugar más dentro de la categoría de reseña histórica que de ensayo crítico.

Por otra parte, cuando califica de imperceptible al conflicto armado en Colombia, niega toda una serie de esfuerzos por parte de la comunidad internacional cuyo objetivo consistió en prestar un apoyo logístico para las negociaciones, así como una resolución pacífica a esta era de violencia que hemos vivido por más de 50 años. Ejemplo de esto fue la ayuda de los indigenistas estadounidenses Terence Freitas, Ingrid Washinawatoock y Laheena Gay en el proceso de paz desarrollado durante el gobierno de Andrés Pastrana; la comitiva del Senado de los Estados Unidos, y la visible gira de la comisión negociadora de



las FARC por países europeos como Suecia, Noruega, Italia, España y Francia.

En cuanto a su composición se refiere, el texto no hostiga al lector con conceptos de alta complejidad; tampoco posee una retórica que coincida con textos de orden académico. Ospina, más bien, hace relucir elocuentemente su faceta de novelista y poeta donde, entre líneas, esconde fragmentos de su concepción y teorización personal de la historia colombiana. Imprime un estilo en el que, a medida que se avanza en la lectura, se llega a un sentido nacionalista y patriota que trata de impulsar al lector a generar acciones y reacciones que contribuyan a la superación de los grandes problemas de la sociedad.

Colocar al lenguaje como elemento fundamental para la construcción de nación, así como para la negación de nuestras raíces, toca un punto álgido dentro de la comprensión de la realidad colombiana. Si bien es cierto que los líderes y caudillos populares han encantado a las masas desde la fuerza de su retórica, el lenguaje también ha sido un elemento liberador, un mecanismo de protesta y un artefacto resaltador que hace vivir a flor de piel las grandes diferencias de nuestras gentes.

A pesar de que las regiones de la Orinoquía y de la Amazonía han sido casi siempre excluidas de la visión nacional, no es mucho lo que Ospina hace para resaltar de las mismas en su ensayo. Aunque podemos encontrar algunas referencias de los diferentes procesos de desgarramiento del tejido social que han vivido, esto pasa casi por desapercibido en la lectura. Del mismo modo, el papel de la mujer se encuentra en un grado de baja relevancia en un ensayo que trata de distinguirse – precisamente - por darle la voz justa y necesaria a cada agente silenciado dentro de nuestra

sociedad; en efecto, se mencionan ciertas mujeres como Balvaneda Álvarez, pero se queda corto al exponer cómo desde la época colonial y hasta nuestros días, la mujer ha sido violentada, ultrajada y menospreciada por una casta distinguida por ser patriarcal. Esto mismo sucede con el papel de los afrodescendientes y de las comunidades indígenas.

Este ensayo se complace con la crítica dirigida hacia aquellos que se encuentran arraigados en el poder; hacia aquellos que tienen la potestad de la toma de decisiones y de la dirigencia del país. Sin embargo, la figura individual del colombiano queda subsumida a la representación de un ente vegetativo, sometido, avasallado, esclavizado y sumiso; dando lugar a la gran incógnita de dónde se encuentra la crítica hacia la persona del común, la cual es necesaria “pa’ que se acabe la vaina”. Si bien es cierto que las clases dirigentes han tenido cierta responsabilidad en la desorientación del país, figuras individuales como la del narcotraficante, no merecen ser eximidas de responsabilidad argumentando su falta de oportunidades y presentándola como la ruta de escape para conseguir lo que una casta les ha negado.

Aunque este ensayo nos lleva por parajes casi insospechados de nuestra historia, reconoce y exalta figuras nacionales que tuvieron que exiliarse para continuar alimentando las venas del realismo mágico. Si bien Ospina resalta a personajes de nuestra vida política que no sucumbieron ante las mieles y los delirios del poder; no logra reivindicar, con justicia, las voces de aquellos quienes han sido silenciados. Pese a que “cada colombiano tiene que decir su verdad” (p.236), continúan escondiéndose verdades y realidades que no encuentran expresión en este texto.

